

ELSIÉ MÉNDEZ BAILLET

**Cartas a mi
marido ausente**

*A Fabricio y Vlady,
niños de piel dura.*

*Enterrado vivo
en un infinito
dédalo de espejos,
me oigo, me sigo,
en el liso
muro del silencio.*

Pero no me encuentro.

*Palpo, escucho, miro.
Por todos los ecos
de este laberinto,
un acento mío
está pretendiendo
llegar a mi oído.*

Pero no lo advierto.

*Alguien está preso
aquí, en este frío
lúcido recinto,
dédalo de espejos.
Alguien, al que imito.
Si se va, me alejo.
Si regresa, vuelvo.
Si se duerme, sueño.
—"¿Eres tú? me digo...*

Pero no contesto.

*Perseguido, herido
por el mismo acento
—que no sé si es mío—
contra el eco mismo
del mismo recuerdo,
en este infinito
dédalo de espejos
enterrado vivo."*

Jaime Torres Bodet.

INT. CINE-CLUB IFAL. NOCHE

Sobre la pantalla negra aparece lentamente un letrero:

I: El espejo

J

ean-Pierre Léaud repetía ante su propia imagen: —Antoine Doinel-Antoine Doinel-Antoine Doinel-Antoine Doinel —sin pausas ni respiros.

Al centro de la sala de cine, inclinada sobre el respaldo de la butaca delantera, me encontraba completamente subyugada por aquel joven torpe, desenfadado, ingenuo y de semblante perplejo. Él se miraba en el espejo del baño y repetía su nombre varias veces. El parecido que guardaba con Truffaut, el director del filme, era sorprendente; se podía jurar que eran hermanos. Tenían el mismo cabello castaño oscuro y quebrado, tan ligero, que en todas las fotos se encuentra despeinado; la nariz, de la que hace gala en la historia, afilada y saliente; los ojos de mirada inteligente; la expresión del rostro recordaba las desventuras que sufrió en *Los 400 golpes* donde actúa de niño, manchas de sol adornando una tez blanquísima, sus largas manos siempre acentuando la conversación.

Besos robados pertenecía a la tercera de una serie autobiográfica y las tres eran deliciosas. Mi admiración por Truffaut crecía escena nostálgica tras escena sonriente. En la noche, al salir del cine-club, me

quedé intranquila por la imagen del espejo. Camino a casa viajaba en un camión “Zona Rosa” de pie y leía la crítica de la cinta entre bamboleos: “Antoine Doinel o el robador de besos. Antoine Doinel o el robador de vida. Antoine Doinel o el robado en sus besos. Antoine Doinel o el robado en su vida. François Truffaut o el ansia de un hombre por definirse y definir a su ambiente”. Me convenció el juego sencillo que hacía el autor en la nota, sobre todo cuando se refiere a “definirse con ansiedad” que me impresionó. Descarté mis impresiones porque, de seguro, eran erróneas y frívolas. —No es un *divertimento*... —meditaba mientras me cogía fuerte con ambas manos del tubo resbaloso del camión. El conductor hacía caso omiso de las personas que en la calle le pedían parada. No iba tan lleno pero, al parecer, tenía una prisa loca por llegar a la terminal de autobuses a entregar, y poder ver, a la medianoche, la película que pasaban en el canal 2: *El cartero llama dos veces*. —No es una comedia ligera, no te quedes con el primer razonamiento, debe tener un significado profundo tanta repetición de un nombre. —Me sentía inspirada cuando tuve que colocarme el libro entre los dientes para no salir volando por una ventanilla en la curva de una glorieta. —...Esa imagen tiene que ser la esencia de la historia —me dije convencida cuando noté que desconocía el rumbo. Jalé el cordón del timbre y mantuve el timbrazo enojada por mi distracción. Me deslumbró la luz anaranjada que despedían zumbando las nuevas lámparas de gas de sodio que estrenaba la ciudad.

Llegué a casa caminando porque era tan tarde que ya no pasó otro camión. Subí ruidosamente las escaleras golpeando el piso en cada paso; sentía los pies doloridos. Saqué la llave del pantalón de mezclilla y entré al departamento vacío. Sólo teníamos un par de libreros improvisados con tablas y ladrillos. Lancé el suéter sobre el colchón puesto en el piso y me dirigí al baño. Bajé la tapa de plástico del excusado y me encaramé en ella. El espejo reflejaba la mayor parte de mí, de la misma manera que Jean-Pierre Léaud había hecho en la escena. El propósito era descubrir si yo tenía el mismo parecido con mi marido. En lugar de pronunciar mi nombre, comencé a decir: —Miguel-Miguel-Miguel Miguel-Miguel-Miguel.

A mi voz se sumaba el eco de la estancia. El sonido retumbante me recordaba al que se produce en las capillas de La Piedad. Comencé a bajar y a subir la voz igual que los sacerdotes hacen en las letanías. Entonces se parecía a un oración. Después se me ocurrió aplicar el sonsonete que dan los gritones a los números de la lotería.

"Eso es fácil" –pensaba. Mi abuela analizaba las listas de la lotería todas las tardes anotando sus cálculos. Los números que tenían mayor probabilidad de salir, si podía, los compraba, si no, simplemente los escribía en un papel. Los miércoles y los domingos veíamos la transmisión por tele y me pedía que apuntara los ganadores. Me era difícil saber lo que decían los niños y mi abuela, para enseñarme, imitaba el grito y lo interpretaba en seguida, sin distraerse de sus notas. Era sencillo gritarlo:

—¡Mimiguelmiguelmiguelmigueeeel!...

¡Mimiguelmiguelmiguelmigueeeel!... –me divertía pero no era exactamente lo que buscaba. Se me ocurrió ponerle música de fondo. Canté "Las Mañanitas":

—Miguelmiiiiguel, Miguelmiiiiguel, Miguelmiiiiguel, Miguelmiii...

—Estamos para complacerlo, dígame, ¿qué melodía desea escuchar?
–dije con la mano cerrada en un puño ante la boca para simular la voz de un locutor con micrófono:

—Para ustedes, con mucho cariño, "El Triste"... Miguelmiiiiguel, Miguelmimigueeeel... Miguelmiguelmiguelmimiguelll...

Permanecí un rato con la canción ganadora del segundo lugar. Me esforzaba en imprimir a la melodía el mismo sentimiento que el cantante le daba.

La imagen del espejo era yo pero también era Miguel, mi marido. Estaba vestida con su camisa a cuadros y sus pantalones de mezclilla. También tenía la ropa interior, incluyendo calcetines y zapatos. Miguel no era Antoine Doinel y yo no era Miguel. Quince años tardé en darme cuenta.

Flash back:

Quince años antes

Voz off:

Octubre de 1984.

Querido Miguel:

Entonces tenías 14 años, yo pesaba 68 kilos y también tenía 14 años. Todas las noches ponía el despertador que me regaló mi papá para que sonara a las dos de la tarde. La alarma funcionaba encendiendo el radio. Lo sintonizaba en la XEQK de AM, en donde se anunciaba la hora cada minuto. La voz del locutor era monótona: "Zapatos El Borceguí para toda la familia... La Princesa, corsetería francesa... Breel Cream le brinda a su cabello, aspecto agradable y natural... La hora Haste, la hora de México... las trece horas con cincuenta y nueve minutos..."

Con ese rumor de voces a los que agregaba la mía repitiendo todos y cada uno de los comerciales, salía al balcón del cuarto piso de la casa de mis padres y me sentaba en un banco como si estuviera en la primera fila, en la primera función. Cogía los binoculares colocándolos en el barandal para sostenerlos firmemente y ajustaba dioptrías, distancia y foco. Te buscaba a lo lejos, en el jardín, por las banquetas o entre las anchas palmas de dátiles. Barría vertiginosamente el espacio esperando hallarte entre la gente que caminaba o se aburría en la parada del camión. Siempre llegabas por el mismo lugar, aparecías por Caleta, cruzabas Vértiz y tomabas la acera del parque. Podía ver entonces, en long full shot, tu figura de caqui con la gorrita de soldado prendida en la charretera. Flotabas en cámara lenta. Caminabas como si fueras de paseo, columpiando largo tu brazo derecho que cargaba un cuaderno. Mirabas a los alrededores, no tenías prisa pero tu paso era decidido. Venías hacia mí y no lo sabías. La imagen se ondulaba como un fantasma, era el vapor del medio día que brotaba del pavimento. Cuando pasabas por debajo de una hilera de tepozanes, la

negrura de la sombra te extraviaba y me apresuraba para volver a tenerte en mis ojos. Desde entonces te miré en una pantalla, ajeno, distante, intocable, etéreo. No podías mirarme ni escucharme, igual que los personajes de una película. Cuando llegabas a la esquina de Quemada y te metías a tu casa, dejaba los binoculares a un lado y recogía del suelo la cazuela de palomitas que me había preparado.

EXT. BALCÓN. MEDIO DÍA

Fade in a la joven que deja los binoculares en el piso. Está vestida con otro uniforme escolar, el de gala. (Sube lentamente la presencia de la voz del locutor de radio): "Sombreros 'Tardán', donde más barato dan... Son las catorce horas con veinte minutos..."

Ella, mientras, se echa a la boca un puñado de palomitas, repite la frase del comercial al mismo tiempo que la radio:

—"Hicock", el artículo para caballero...

Corte a:

INT. DULCERÍA CINE MANACAR. TARDE

Aparece letrero sobre la pantalla negra:

II: Los acuerdos

Le hice la promesa de no comer palomitas en la sala porque hacía mucho ruido:

—El sonido de escarbar con la mano en la bolsa de papel distrae, te saca de la película —me dijo seriamente— y yo tomaba todas las sugerencias como mandatos que agradecía. Me incliné a la vitrina resplandeciente de luz neón y busqué en la sección de chocolates, escogí unos en forma de bolita con relleno chicloso. Miguel pidió lo mismo. Se me había antojado, como era mi costumbre, comer un gaznate y una copa de helado, pero me detuvo el pensamiento fugaz de que podría sufrir un bochorno cuando él escupiera un fragmento de merengue que se me

hubiera quedado en la comisura de los labios. No, no era de buen gusto comer esas golosinas infantiles, pensé segura de lo que hacía.

Era la primera vez que un muchacho me invitaba al cine. Los nervios no me permitían pronunciar palabra. Sólo salían risitas cortas y estúpidas. La sala de cine era el lugar seguro donde podían besarse los adolescentes y todos los que se amaran. Aceptar una invitación al cine era suponer los besos y las caricias del acompañante. Eso significaba para mí un compromiso.

Miguel no me besó en el cine. Ni cuando estaba oscuro, ni cuando nos quedamos solos en la sala, porque leyó todos y cada uno de los créditos finales, y mucho menos cuando encendieron las luces. Me quedé con mis deseos atorados esperando vivirlos en la puerta de mi casa. Tal vez era ese el lugar más propicio. Hubo silencio en el camino. Cuando llegamos me preguntó preocupado si me había gustado la película. No me acordaba ni tantito, pero aun así dije: —Sí —quedo y chiquito.

Entonces sonrió complacido y me tocó el brazo levemente. Hizo ademanes con entusiasmo y me invitó para el día siguiente al cine otra vez, a ver una de sus favoritas: *Río Bravo*.

—Mañana comienza la segunda corrida de una película de Hawks, ¿te gustaría verla? —preguntó dándose importancia.

Corte a:

EXT. BALCÓN. MEDIO DÍA

En la pantalla aparece un joven que en las manos tiene una pizarra de cine. Grita el número de la escena, sube la voz para señalar la toma dos. Cierra la pestaña produciendo un sonido fuerte y seco. Por donde entró sale de cuadro y deja descubierta la misma imagen donde ella espía a Miguel con los binoculares. Es casi el final. Se encuentra vestida con el uniforme de deportes. Coloca los binoculares en el piso de la misma manera y a un lado recoge la cazuela de palomitas. Es una repetición pero en lugar de hacer eco a los voz del locutor de radio, imita los gestos que Miguel hizo el día anterior, cuando la invita de nuevo al cine. Se echa a la boca un puño de palomitas y reproduce lo dicho por él: “Mañana comienza la segunda corrida de una película de Hawks ¿te gustaría verla?”.

Corte a:

INT. PROYECCIÓN CINE TERESA. TARDE

Cuando en *Río Bravo* John Wayne visita a Angie Dickinson en el cuarto de hotel para pedirle que se marche porque la están buscando y le muestra un aviso de recompensa, supe que se había enamorado de ella. Vi cómo la toma en sus brazos y decidí experimentar la sensación del beso: cerré los ojos, pasé los dedos por mis labios humedecidos, tragué saliva y sentí el sabor a chocolate.

Salimos del cine y caminamos despacio de regreso a casa. Yo miraba al piso excepto cuando Miguel se adelantaba y me mostraba cómo caminaba Walter Brennan y de qué manera se burlaba de Dean Martin: “Alguien huele a rosas” –imitaba la risa desdentada que luego se convertía en la estruendosa y franca de él.

EXT. BALCÓN. DÍA

En el mismo balcón, entrar a cuadro en *close up*, la pizarra con la misma inscripción anterior. La diferencia es la toma que ahora marca la número tres. El pizarrista *canta* la escena y al golpe de la pestaña, en *corte directo*, aparece Miguel caminando a lo lejos, como ya lo hemos visto a través de los binoculares.

Ella los sostiene firmemente y sin quitárselos dice imitando a Miguel: “Alguien huele a rosas”.

Corte a:

SECUENCIA DE ESCENAS CORTAS

Letrero en pantalla: “Tercer día”.

EXT. CINE LIDO. NOCHE. LLUVIA

Caminan por las calles sin prisa. Cae una lluvia ligera. Está oscureciendo y se perciben tonalidades violáceas de aceite y gasolina en el pavimento mojado. Sus pasos descubren los reflejos en el agua de la marquesina del

cine Lido iluminada. La cámara se mueve hasta ver en *full shot* abierto la entrada del cine Lido. Se puede leer claramente: *Viven de Noche*.

Disolvencia a:

Letrero en pantalla: "Cuarto día".

EXT. TAQUILLA CINE MÉXICO. NOCHE

Miguel se acerca a la ventanilla y pide dos boletos. Sobre el reducido mostrador desliza billetes en abanico que suman 8 pesos. Recibe dos entradas que saltan de la ranura de una placa metálica. En el cristal un cartel de *La Hija de Ryan* y sobre de ésta el letrero "Hoy" en letras rojas.

Disolvencia a:

Letrero en pantalla: "Quinto día".

INT. DULCERÍA CINE LAS AMÉRICAS. NOCHE

Ellos inclinados sobre la vitrina de dulces. Sus rostros iluminados por la luz de neón azul. Reciben dos cajas de chocolates. Caminan a la sala y cruzan una mampara que muestra fotografías de la película *El coleccionista*. Un acomodador les abre la cortina pesada de terciopelo rojo.

Disolvencia a:

Letrero en pantalla: "Sexto día".

INT. SALA DE CINE ARCADIA. NOCHE

Sentado en las butacas de las primeras filas se encuentra un público silencioso viendo *Esplendor en la hierba*. La luz que se refleja en los espectadores parpadea por los cambios en las imágenes de la proyección en pantalla. La cámara se acerca lentamente a nuestra pareja. Podemos escuchar un sonido de voces alteradas por las bocinas. Muy cerca miramos los rostros atentos de ellos que se encuentran absortos. Ella lee con avidez los subtítulos:

—“...Quédate conmigo este día y esta noche y serás dueño del origen de todos los poemas... Serás dueño de los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles)... Ya no recibirás de segunda o de tercera mano las cosas, ni mirarás por los ojos de los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros... Tampoco mirarás por mis ojos, ni aceptarás lo que te digo... Oirás lo que te llega de todos lados y lo tamizarás...”

En la pantalla, Natalie Wood, de pie en el salón de clases, trata de explicar el significado del poema. Sumida en la butaca, en el rostro de ella resbala una solitaria lágrima.

Voz en off:

Diciembre de 1984.

No tuve que pensarlo Miguel, nunca me preguntaste. No tuve elección. No hubo noche de insomnio. El pasillo oscuro de la planta baja de aquel edificio frío lo caminé detrás de ti, dejándome jalar levemente, sin resistencia, con la cabeza baja. Mis mejillas ardían, mi pecho se ponía rojo, un temblor subía por mi cuerpo y se reflejaba repercutiendo casi imperceptible en la mandíbula. En la nuca, el cuello endurecido bajo la cabellera suelta, se erizaba la piel y despegaba la ropa imantada. Simplemente me tomaste de la mano y entramos a la casa de tus padres.

Nos metimos a la recámara repleta de literas. Desabotoné mi blusa del uniforme escolar con las puntas de los dedos entumidos mientras adivinaba en cuál dormirías. Bajé la falda, zafé los zapatos sin inclinarme, con la ayuda del otro pie. Jalé una calceta buscando tu mirada. Tirabas del cinto con movimientos serenos. La camiseta blanca cubrió tu rostro y salió flotando por el aire, el sol de la tarde que entraba a la habitación la hizo centellear. Te inclinaste para desatar los nudos de las agujetas, aún tenías los pantalones puestos. Aplazabas el momento de quitártelos. Me solté el brasier y me recosté en una de las siete camas de los siete hermanos cubriéndome los pechos con ambas manos. Cerré los ojos, esperé. Oí deslizarse la prenda que faltaba. Tardaste un momento antes de colocarte sobre de mí. ¿Me mirabas?

Imaginé una respiración agitada, como en las películas, pero te encontrabas silencioso ocultando el rostro en mi cuello. Recorrí con timidez tu espalda y miré curiosa evaporarse el sudor entre mis dedos. Vi transformarse los músculos del cuello y hombros queriendo salir de la envoltura de la piel hasta que te quedaste quieto. El olor de los cuerpos inundó la estancia como una bofetada. No escuché sonidos, lo que me llenó de desconcierto. Me amaste tan quedo que los débiles ruidos de los resortes del tambor parecían un escándalo. No sentí reacciones en mi cuerpo. Algunas sensaciones que aparecían en la superficie de mi piel se disipaban fugaces, temerosas, como fantasmas de la infancia que no se reconocen en la habitación oscura. La experiencia fue rápida y callada, mis percepciones, como las imágenes en la ventanilla de un tren cruzaban velozmente ante mis ojos. Quería aprehender algo, una parte, pero se me escapaba de la memoria...

Nos apresuramos a vestarnos ya sin turbaciones. Queríamos salir de ahí de prisa. Oímos un ruido que provenía de la puerta principal y del susto brincamos al otro extremo del cuarto, me puse la blusa al revés consciente de que no podría voltearla. Tu hermano entró y nos miró de reojo con suspicacia. Encendió una radio destartalada y buscó una estación con música mexicana. Aproveché para ponerme los zapatos con sigilo. Se tumbó en "nuestra" cama y sentí vergüenza al pensar que pudiera notar los olores combinados de nuestros cuerpos. Pero no advirtió nada y dejó de mirarnos en el momento en que saqué de mi zapato un billete de diez pesos doblado y te dije con firmeza:

—Sí me interesa tu libro. Lo compro, expresé en un tono demasiado alto.

—¿Qué libro? —preguntaste sorprendido.

Como respuesta desvié una miradita hacia mi brasier que se encontraba en el piso semioculto por una cama. Te paralizó el descubrimiento. No ayudó en nada la distracción que intenté sobre el libro. Te quedaste mirando el brasier tendido a lo largo, con las copas rígidas y erectas como perfectas montañas de un dibujo infantil. Tu hermano sacó de la bolsa trasera de su pantalón una cajetilla de cigarros (aplastada y vacía) y te pidió uno. No reaccionaste. Pareció que no lo habías escuchado. Te repetí la pregunta subiendo la voz:

—¡Un cigarro! ¡Que le des un cigarro!

—¡Ah!—exhalaste, porque también habías dejado de respirar. —Un cigarro...—palpaste los bolsillos de tu pantalón. —No, no tengo. No fumo —revelaste levantando los hombros a manera de disculpa.

Pero yo sí tenía y lo sustraje con cuidado del dobladillo de mi falda. Me sonrió feliz y, cómplice, me guiñó un ojo. Después sacó cerillos del cajón de un buró y aprovechamos para salir del cuarto. Recordé mi ropa interior y regresé a ocultarla. Sin detenerme, le di un pequeño puntapié a una de las duras montañas que se deslizó bajo la cama. Llegué a él y me acerqué para pedirle lumbre con un cigarro en mis labios:

—¿Me lo prendes? —dije sensualmente y esperé inclinada.

Sin mirarme colocó un brazo bajo la nuca, sacó un cómic mal-trecho por debajo de la almohada, y opinó con desaire:

—Estás muy chica para fumar.

Se puso el cómic ante sus ojos y silbó la melodía del anuncio de los jitomates “El Fuerte” que salía estrepitosa de la bocina. Salí de la recámara tratando de adivinar nuevamente, cuál sería tu cama. Esa, no era.

Al salir a la luz no me besaste. Distes media vuelta rumbo a Obrero Mundial pronunciando un sonido informe. Sin girar la cabeza cuando te fuiste, levantaste el brazo trazando una seña que parecía despedida. Observé tu partida y decidí seguirte ¿acaso no te pertenecía? ¿acaso no me pertenecías? No te podías ir como si no hubiera pasado nada. Pero en nuestra relación no había palabras así es que pensé que el estar a tu lado era una forma de decirnos cosas.

Caminé detrás de ti por las calles de la colonia Roma, calles estrechas y poco transitadas. Temí que pudieras descubrirme cuando dejabas pasar los coches en una bocacalle. Si mirabas alrededor, me ocultaba en postes y árboles no tan gruesos como mi cuerpo. El pitido de un carro camotero sonó hiriendo la tarde tras de nosotros y me hizo esconderme en el cubo de un edificio gris. Toqué nerviosa todos los timbres. Temí que voltearas y me descubrieras.

—Una moneda por el amor de Dios —pedí con tono suplicante a quienes contestaron el timbrazo. La bocina del interfón se llenó de reclamos metálicos. Los insultos me cubrieron. Me asomé a hurtadillas para ubicarte. No te habías dado cuenta de nada, seguías tu camino. Continué un tanto más alejada y un rato después entraste al cine Gloria. Compré mi boleto y me senté dos filas atrás de ti.

Steve McQueen me deslumbró. Lo miré con gran deleite y todo en él me gustaba: su cabello corto y dorado, el peinado dividido en ángulo recto a la cara, me pareció muy varonil; la frente amplia y descubierta, la encontré como un signo de inteligencia, los labios cortos, formando una línea delgada con las comisuras profundas, era lo que más se asemejaba a ti; además de su amplia sonrisa descubriendo los dientes blancos y uniformes. Lo hallé idéntico a ti, sólo sus ojos azules no tenían nada que ver con los tuyos de color café y sencillamente lo pasé por alto.

Recostada en la butaca, protegida en la oscuridad, pude observar tranquila su forma de resolver un crimen, la suavidad de sus movimientos, el pasado inaudito que como detective había vivido, su nuevo futuro, los compromisos con su amor, que en secreto era yo y no la estrella de la película; la organización del robo, el desarrollo de los planes, y al final lo que se esperaba, era cumplido con creces, ellos escapaban con el dinero hacia un destino más que feliz. Sabía que todo era parte de una ficción pero llenaba mis vacíos. Hice propio el conflicto en el que se debatía, la pasión con la que amaba, sus miedos y sus deseos. Transformé, durante la proyección, la aspereza de mi vida cotidiana en esa ferviente aventura, el silencio que nos rodeaba se había convertido en palabras tiernas y dulces; nuestra falta de experiencia en el amor, en las caricias ardientes. Terminé complacida con el actor que te representaba y me ayudó a seguir enamorada.

Regresaron la humedad y el calor a mi cuerpo con la escena en que la actriz acaricia la dama del ajedrez y él se perturba al mirar los labios de ella. Miré los ojos de Steve McQueen y vi tu deseo.

EXT. JARDÍN. DÍA

Sobre la pantalla negra aparece el letrero:

III: Bon jour tristesse

Domingo, tarde aburrida. Mis padres no se encontraban y no era de extrañarse, nunca lo hacían. Ya no íbamos al club porque nos cansamos de hacer las mismas cosas cada sábado y domingo de todas las semanas del año. Mi padre acostumbraba dejarnos a las ocho de la

mañana y nos recogía a las ocho de la noche. Terminamos por odiar la alberca, el olor a cloro, tener las manos arrugadas y los ojos irritados. Los baños de vapor llenos de mujeres borrosas habían perdido el interés inicial. Ya no nos complacía quitarles las toallas y escondérselas. Se había acabado la diversión de ser perseguidas por mujeres gordas que corrían peligrosamente desnudas tras de nosotras gritando groserías para recuperar sus pertenencias. Preferíamos quedarnos en el barrio a jugar en el parque.

Ese domingo aburrido tocaba una pequeña orquesta filarmónica. Los vendedores de algodones, merengues, chicharrones, raspados, fruta con chile y globos, llenaban los caminos de tierra roja. Mis hermanas se divertían en la bicicleta con otros niños. Yo había abandonado la bicicleta, los patines con todo y llavecita, las palmadas sincronizadas, yoyos, pelotas, resortes brincadores, botes pateados, encantamientos, reatas, aviones y, por supuesto, a todas mis muñecas. Dejé a mis hermanas jugando y subí a la casa. No se me ocurría qué hacer: salía al balcón, entraba a la sala y de nuevo, vuelta a lo mismo: salía-entraba. Encendí un cigarro Raleigh 100 mentolado. Abrí la cantina y me encontré con un licor de naranja que sabía muy dulce. Al segundo sorbo me empalagó para estarla chiquiteando y bebí la botella de un golpe.

Mi hermana Marcela me encontró llorando en el barandal del balcón, inclinada sobre mi cuerpo y con la cara hundida entre mis brazos. Mi llanto era escandaloso –lo único que conservo de niña es la manera de llorar– y le explicaba, entre sollozos y mocos, que el parque me lo habían robado:

—¿Estás loca?— ¡nadie se puede robar un parque! —¡Suénate por favor!— me gritaba enojada. —¿Qué no lo ves ahí?— señalaba impacientándose.

Y yo, la mentirosa, la gorda, la burra, la desordenada insistía:

—Ya sé que está ahí, pero me lo han robado –y continuaba con mis sollozos.

Era muy gorda y estaba inerte, mis hermanas, flacas y chiquitas, no pudieron cargarme. Pretendían acostarme en la cama para encubrir mi insólita borrachera. Cuando oyeron las llaves girar la cerradura de

la puerta, fueron ellas las que corrieron a meterse bajo las cobijas y fingieron estar dormidas. Mi madre me encontró en el piso, percibió muy pronto el olor que yo despedía, se zafó el zapato y comenzó a golpearme con furia. Mi cuerpo estaba adormecido y se lo hice saber:

—No me duele —dije indiferente.

—Ya lo sé, escuincla estúpida —contestó iracunda.

Siguió golpeando hasta que no tuvo más fuerzas. Después me arrastró al baño y abrió la regadera. Ahí me dejó bajo el agua fría, con mi sentimiento de regocijo porque el *Grand Marnier* me había librado del dolor de la paliza.

Corte a:

Voz en off

Enero de 1985.

Querido Miguel:

¿Te acuerdas de mi borrachera temprana? Les pareció cosa del alcohol el llanto por el parque. En realidad estaba despidiéndome de la infancia.

En la pantalla oscura se recorre una cortinilla vertical y descubre el letrero:

IV: Meses más tarde...

EXT. HOTEL DE PASO. TARDE

Hubo muchas entradas furtivas al hotel de la calle de Caleta. Esperábamos a que no hubiera nadie conocido y nos metíamos corriendo por el estacionamiento. Nos agitaba un poco la carrerita y los nervios. En el mostrador, sin tomarnos de la mano, queríamos parecer una vieja pareja de casados o un par de amigos entrañables. El encargado atendía su trabajo con seriedad. Era como en una escena de película muda, un sobre entendido. Miguel ocultaba el rollito de quince pesos y lo deslizaba en la mano del hombre cacarizo, como se hacían los pagos

a los “tamarindos”, y recibía del mismo modo la llave del cuarto. Todo en una escena aprendida. Nadie improvisaba:

—¿Toallas?

—No.

—¿Champú?

—No.

—¿Aceite?

—No.

—¿Tinta china?

—No.

—¿Otra cosa?

—No.

Entrábamos al pequeño cuarto, con la actitud que hace la costumbre, era muy familiar y todos se parecían mucho. Cerrábamos las cortinas verdes que lo oscurecían casi a negro y nos desvestíamos sin prisa. Nos acostábamos cada uno por su lado. Miguel tomaba la sábana en su doblez con ambas manos y la levantaba haciéndola tragar aire. Se inflaba como un paracaídas en descenso y lentamente cubría nuestros cuerpos. Nunca le pregunté la razón del gesto porque me gustaba el ritual. Un domingo por la mañana, cuando tendía mi cama, se me ocurrió que él también la hacía. Su gesto en el cuarto con la sábana, era algo así como arreglar la cama.

—¿Te quedas? —Lo único verbal que se escuchaba en nuestros encuentros.

No esperaba respuesta, se incorporaba de la cama y se vestía. Me quedaba prendida del “paracaídas”, asomando la cabeza, mirando cómo recogía una a una la ropa del piso e iba cubriéndose hasta recoger un suéter que usualmente no se ponía. Al salir él nos abandonaba, al cuarto y a mí. Yo aguzaba el oído y al escuchar el “clic” de la chapa cerrando completamente la puerta, daba un doble salto mortal y me vestía a toda prisa. Siempre me puse la blusa al revés en una clase de homenaje a la primera vez que hicimos el amor. Era un reto hacerlo rápido, necesitaba alcanzarlo para seguirlo y ver la película que él había elegido.

Vi muchas películas, sentada dos filas atrás, sin que Miguel lo supiera. Mientras él las disfrutaba solitario, yo lo hacía en gran medida por estar en su compañía en una situación clandestina. Al no poder platicarlas, me acostumbré a comprar libros, y comencé a leer literatura sobre cine. Una vez lo seguí hasta el cine Internacional. Se trataba de un reestreno: *El indomable*, y estuve varios días triste cuando un crítico expuso al personaje como un héroe decadente:

"... es en realidad lo contrario de un héroe: el tipo cínico, despectivo, egoísta, desmedrado y venal que no tiene ninguna noción de grandeza, ningún amor a la tierra y que persigue placeres fáciles como cualquier pequeñoburgués un sábado en la noche".

Me pareció leer la descripción de Miguel y sin embargo, en lugar de odiarlo, derramé un copioso llanto por él y por mí.

Voz en off

Febrero de 1985.

Querido Miguel:

Tus deseos los hice míos. Te lo puedo decir ahora, tus costumbres las adopté sin discutir, imité tu lenguaje, aprendí tus movimientos y tu voz hizo eco en la mía. Amé todo lo que amaste con igual pasión. Aborrecí todo lo que odiaste incluyendo a Betty Davis. Y esperé, dentro de mí, a que tú llegaras.

Sobre la pantalla en negro se abre una cortinilla horizontalmente y descubre el siguiente letrero:

V: ...y pasaron los días

Me encerré en casa varios meses. Hacía muchas lunas que la menstruación faltaba. Dejé de contar los días, perdí la cuenta. No sabía qué hacer. Al preguntar a las compañeras de la escuela descubrí que en

la secundaria existía un grupo clandestino de ex-virgenes. No era grande pero a él pertenecían niñas de todos los grados. Me sentí orgullosa al ingresar. Ahí escuché variados consejos:

—Son nervios... enséñanos la panza... súmela... ínflala...

Alguna colocaba el cilindro de cartón del papel del baño a mi vientre y por el otro extremo pegaba la oreja:

—¿Oyes algo desde adentro?

Medían diariamente, con una cinta métrica, mis pechos y mi cintura. Llevaban un récord que anotaban en una libreta de taquigrafía, me hacían preguntas cortas como hacen los médicos:

—¿Comiste ahorita una torta?... ¿Sientes patadas... o son gases? Jugaban con una esferita "magnética" cogida por el extremo de un cordón y lo pendían sobre mi panza, si se movía en círculos sí estaba embarazada, si dibujaba líneas, no lo estaba. Nadie quedaba muy segura de qué clase de movimientos se habían producido. Las discusiones eran largas, escandalosas y hablaban todas al mismo tiempo excepto yo. No se llegaba a ningún acuerdo porque nadie conocía los síntomas del embarazo y como teníamos prohibido preguntar a alguien adulto, nos quedábamos en las mismas. Ni siquiera sabíamos cómo era el proceso de gestación. Había quien seguía conservando la virginidad pero pertenecía al "club". Las equivocaciones eran frecuentes por la ausencia de conocimientos. Algunas juraban que acariciar a sus parejas o dejarse acariciar era motivo de pérdida. Otras más aseguraban que si no había sangre era la constancia de virginidad, como si se determinara con la existencia de la membranita que, por lo demás, era difícil saber si estaba o no estaba.

Durante los recesos entre clase y clase, mientras nos levantábamos las faldas del uniforme enrollándolas por la cintura para transformarlas en minifaldas, se efectuaban las reuniones secretas en los baños e intercambiábamos nuevas experiencias. Desconfiábamos de los libros porque los había muy "chafas" y los creíamos "porno". Lo que sí nos permitíamos era ver películas. Aunque era difícil entrar a la función de adultos porque alguna de nosotras tenía un aspecto demasiado infantil y corríamos el riesgo de ser retachadas.

Una tarde de persecuciones vi, en el cine Edén, *Bonnie and Clyde*, y llevé entusiasmada a mis amigas al día siguiente. Al terminar la

función lloramos sin avergonzarnos. Compartimos los pañuelos y nos reímos divertidas de nuestro llanto. Salimos disgustadas por la muerte de ellos. No quisimos regresar a nuestras casas con aquel coraje y acordamos tomar un café y fumar un cigarrito para poder comentar la película. Una de mis compañeras, Tihui, preguntó:

—¿Por qué Faye Dunaway estaba tan enojada con él?

—¿A qué horas se enoja? —inquirió la devoradora de palomitas, otra gorda como yo.

Patricia, molesta por la pregunta que le pareció necia, como la mayor del grupo y la que probablemente tenía más experiencia en amores, le asestó una mirada fulminante y señaló:

—Cuando están acostados en la cama, que Clyde está dormido y Bonnie está despierta... antes de la balacera, se nota "a leguas" que está enojada con él.

—¿Y por qué se enoja? —insistía Tihui, la niña que aún era muy niña.

—¡Pero qué bestia eres!... ¡porque Clyde no le hace el amor! —le contestó Cecilia Pérez, con las palabras mordidas por la mandíbula apretada y con medio cuerpo sobre la mesa del Vips. Ella era la que tenía mejores calificaciones pero se sentía muy fea.

La niña-niña, que se encontraba apachurrada entre las otras y que no la dejaban estar cerca de la mesa, indicó a manera de disculpa soportando las miradas de todas:

—¿Y por eso se enoja?... Debería estar contenta... ¿No estamos diciendo siempre que qué horror el sexo? —y se sumió ofendida entre las demás hasta desaparecer.

La mayor, la conocedora, la líder del 2o. 'F', Patricia, levantó su brazo derecho y dibujó con la mano un gesto de "no vales la pena". Recorrió su mirada por todas preparando su discurso y nos dejó caer "la lección" una vez más. Después de un profundo suspiro añadió molesta:

—¿Pero qué película vio esta tonta? —señalando el lugar donde había desaparecido Tihui. —Se trata de una historia de amor, no es una de balazos... o qué, ¿creen que lo importante aquí es el dinero que se roban?... ¿las balas que se meten, las persecuciones de coches?... Pues no. Es su amor lo único interesante... Incluso ella escribe un poema después de que Clyde puede hacerle el amor y...

Tihui la interrumpe disgustada:

—¿Puede?... ¿Qué no todos pueden?

Busi, que se encontraba a su derecha, le respondió imitando la voz de un retrasado mental:

—¡Claro que no todos pueden, ignorante!

Tihui iba a seguir protestando cuando la contuvo suavemente Olguita Cáceres poniéndole la mano sobre la boca. Le habló quedito:

—Ya cállate, manita. Deja hablar.

Patricia se tardó en recuperar su discurso:

—¿En qué me quedé?... —bajó la mirada pensativa.

—En que la película no era de balazos sino de besos. —La ayudó a recordar con entusiasmo Olguita.

—¡Ah!... por eso los matan, por su amor prohibido. —Terminó sin la pasión con la que había comenzado, quizá con melancolía.

Tal vez recordó a su novio que se había matado en la carretera a Cuernavaca. Desvió la mirada hacia la calle en un acto teatral, como si guardara un momento de luto. Se quedó agotada, prendió un cigarrillo mentolado y bebió su café frío. Guardamos silencio respetando su duelo. Sin dar ninguna importancia a su dolor, otra niña, Maribel, la más arreglada, la experta en maquillaje, practicando frívolamente su firma con el humo del cigarrillo que bailaba entre sus dedos de uñas nacaradas, rompió el silencio y con su voz aguda mencionó:

—Pasó un angelito.

Y la aplicada de Olga aprovechó el momento y se atrevió a decir:

—Bueno, también los matan por ser asaltantes de bancos, ¿no? No hubo más comentarios. Nos refugiamos en otra tanda de cafés americanos y cambiamos de tema.

De cualquier manera, esa tarde que finalizaba con ruidos de platos y llenaba el ambiente de naranjas y amarillos, a pesar de no estar de acuerdo entre nosotras, todas nos enamoramos de Warren Beaty y yo, además, de Arthur Penn.

Un círculo comienza a reducir la imagen del restaurante hasta desaparecer totalmente y dejar la pantalla en negro total.

Voz en off

Marzo de 1985.

Querido Miguel:

Deja que te cuente algo que me pasaba cuando era una niña. Mi madre se procuraba la admiración y el respeto de nosotras realizando trucos de magia. Aparecía el dinero en nuestras orejas, desaparecía, una a una, pelotas de esponja que lanzaba al aire como el mejor equilibrista, encontraba en los rincones más insospechados copas repletas de helado de chocolate, y entre otras cosas, podía leer en nuestra frente pensamientos, deseos y travesuras. Aparecían poco a poco letras tenues que sólo ella podía verlas por su condición de madre. Era como una gracia obsequiada por nuestros ángeles de la guarda. Estaba segura de que ella lo podía saber todo. Así, cuando rompíamos algún objeto o hacíamos algo indebido, lo que era, por otra parte, difícil de juzgar, mi madre nos mandaba llamar y nos formaba en fila. Preguntaba quién había sido. Si guardábamos silencio, solidarias, entonces ordenaba descubrirnos la frente, mientras ella recorría los rostros de cada una hasta que se detenía en la culpable. La que había sido descubierta era castigada pero, sobre todo, por no haber confesado, y junto con ella, yo. Era la mayor y por lo tanto, responsable de las demás, hicieran lo que hicieran, pasara lo que pasara.

Cuando crecimos, el cuento dejó de funcionar; habíamos aprendido a ocultar mejor nuestras actividades. Los lazos entre nosotras se reforzaron y eran infranqueables. Para mi madre ya no era fácil saber qué pasaba en casa, sobre todo, después de que comenzó a ausentarse frecuentemente. Las caras de cada una eran indescifrables. Fue cuando aparecieron las ronchas. Bastaba con que alguna se escapara a una fiesta para que al día siguiente estuviéramos todas cubiertas de ronchas. Afortunadamente mi madre no encontró relación alguna y culpó a los mosquitos en cada ocasión. Nos curaba con "Caladril", un líquido rosa y pegajoso que refrescaba el ardor de la piel.

Un día, sacando del refrigerador la botella de leche para ponerla a hervir, comenté a mi madre que sentía, a mitad de la cadera derecha,

unas punzadas como si fueran calambres. Ella picaba cebolla para los huevos del desayuno y mencionó riéndose: "Así se siente cuando estás embarazada". Se resbaló de mis manos la botella de leche.

Corte a:

VI: El matrimonio

INT. COMEDOR. TARDE

Todo sucedía rápidamente: El anuncio de mi embarazo cuando mi madre me cubría las ronchas de color rosa. La amenaza que deslizó mi padre: "Más le vale que cumpla, porque lo busco y... lo encuentro", jalando el cajón de la pistola y mirándome decidido. Llenar la solicitud de matrimonio: ¿Ha portado alguna de estas enfermedades? Marque con una X. "Mamá, ¿he tenido alguna vez sífilis?" —y la expresión de mi madre respondía todo. "...O ¿gonorrea?" Mejor responder a todo que sí y no pasar por ingenua. La hechura del vestido, amplio en la cintura para disimular pero hacerlo como un detalle "moderno". Los estudios de la peinadora de diferentes copetes levantados con "crepé" para que armonizaran con el "tocado", regalo de mi tía "la madrina de ramo", con el que también hacía juego. La lista de los parientes que no iban a invitar por razones históricas en la familia. Los grandes arreglos de crisantemos blancos adornados con listones nacarados y ramilletes de azahares que el artista construía a domicilio. La colocación en la mesa de centro de la sala de una gran pirámide de copas champañeras. La elección de las argollas. Y lo mejor: el ensayo de la "marcha nupcial". Sin mirarme siquiera me dijo mi madre como una sentencia:

—Ya que no quisiste fiesta de quince años, ahora de todos modos tienes que ensayar el vals.

Miguel se veía muy elegante con un saco café nuevo y una corbata que no era la caqui. Yo sentía justo el vestido estilo "princesa" de terlenca azul pálido porque me había empeñado en que estuviera corto. Se me levantó demasiado por el frente y dejó ver mis gruesos muslos cuando Miguel y yo entramos con las manos enlazadas por arriba de nuestras cabezas, dando pasitos al ritmo de la música. Mi tocado con la redecilla

blanca ayudaba a cubrir las manchas rosáceas que tenía por decenas en el rostro. El juez leía aburrido la epístola de Melchor Ocampo, mientras nuestros padres llorosos y sus testigos pasaban a firmar el libro abierto. Nosotros no tuvimos que firmar por la edad. Ni entonces tuvimos necesidad de decirnos nada. Tres meseros repartían en charolas voladoras galletas con caviar y champaña. "Carlos ha tirado la casa por la ventana", repetía sin cansancio mi madre. Al término de la comida la gente comenzó a marcharse y a nosotros nos dieron permiso de dormir fuera esa noche. Al día siguiente cada uno se regresó a su casa.

Voz en off

Abril de 1985.

Miguel:

Un día me dijiste que fuera a la matiné del cine Del Prado. Exhibían Duelo al Sol por última vez y no debía perdermela. Entonces yo pesaba ochenta kilos, tenía una gran barriga y mucha dificultad para moverme. El embarazo no me impidió seguir con los vestidos cortos ni dejar las minifaldas. Ese cine era frecuentado por hombres solitarios. Me cambié de butaca muchas veces cuando sentía el calor de una mano oscura en mis piernas. Procuré no perder el hilo de la trama, más tarde iba a ser examinada por ti y debía estar atenta. Era 1971, iba a cumplir diecisiete años. Gregory Peck disparaba hasta causarle la muerte a Jennifer Jones, su gran amor. Fuera del cine, no muy lejos y un poco más tarde, en las calles de la ciudad de México, los "halcones" disparaban a jóvenes mexicanos. A mí me hirieron las primeras balas, las de Gregory Peck.

Corte a:

INT. CAJAS DE BANCO. DÍA

VII: El primer trabajo

Antes de que mi bebé de treinta días de nacido se diera cuenta que yo era su madre, me vestí apropiadamente y fui a pedir un trabajo al

Banco Nacional de México. Estaba tan flaca que las minifaldas ya no parecían minifaldas. Odiaba las pantimedias porque se veía la división y picaban en la piel, pero me las puse ese día para pedir trabajo y tener una apariencia de adulta.

Era la cajera cuatro de la sucursal de Diagonal de San Antonio. Firmé el contrato con salario mínimo. Siempre me faltaba dinero, además todos tenían que esperarme porque me tardaba mucho en el corte de caja. Cuando lloré me dieron la última oportunidad y me pusieron a practicar con ejercicios de rapidez. Oprimía las teclas de la sumadora marcando números de seis y más cifras. Después de cada número, la tecla del signo de más y al final, el de igual. No pude manejarla lo suficientemente rápido. Tampoco pasé la prueba manual de contar dinero. Todavía ahora, cuando voy al banco y las cajeras pasan sus dedos por la superficie de los billetes, me parece que realizan actos de magia. Lo hacen tan rápido que aún no logro contar a la par de ellas. Me cambiaron al departamento de personal en las oficinas centrales porque no pude con el puesto.

Para llegar a tiempo al trabajo a las siete de la mañana debía tomar un camión "Bellas Artes" de treinta y cinco centavos, en Obrero Mundial y Niño Perdido. Pedía la parada jalando la cuerda en el Salto del Agua. Caminaba por José María Izazaga, después un trechito de Bolívar y seguía por San Jerónimo. Me intrigó siempre el convento de las jerónimas y me asomaba por sus ventanas. Esperaba encontrarme monjas trabajando y quería descubrir qué hacían y si eran felices. Imaginaba que mi abuela había estado estudiando ahí durante su infancia hasta que tuvieron que sacarla por falta de dinero. A los quince años la casaron con un hombre mucho mayor. Sus padres se lo escogieron. Deseaba saber si mi abuela, de poder elegir, hubiera preferido seguir en el convento en lugar de haber sido abandonada con cuatro niñas después de cinco años de matrimonio. Después de los intentos de espiar a las supuestas monjas seguía mi camino por Isabel La Católica hasta llegar al banco. No tenía que hacer esos vericuetos pero no me gustaba caminar por San Juan de Letrán porque me exponía a muchas "tocadas" y la esperanza de encontrarme a una novicia contenta en el claustro o en el

convento, hacían especial esa ruta. Cuando se hacía tarde paraba un taxi de los llamados "cocodrilo" que me llevaba hasta la puerta. Costaba cuatro pesos y sólo lo hacía en caso de extrema necesidad.

Se complicó el trabajo que tenía que hacer en el departamento de personal: todos los días recogía las tarjetas de entrada y contaba los retardos. Apuntaba los descuentos correspondientes en sus salarios para la siguiente quincena. Tres retardos equivalían a una amonestación que se daba a conocer por medio de memorándum; tres memos equivalían a un día de castigo sin ir a trabajar; tres faltas por castigos era el despido sin derecho a indemnización, lo que me parecía injusto. Entre estas tarjetas había varias a las que les faltaba sólo un retardo para ser despedidos. Quise conocer quiénes eran esos empleados que no podrían llegar tarde porque perderían el empleo y no sólo parte de la quincena. Los espí una mañana frente al reloj checador para conocerlos. Todos eran jóvenes y la gran mayoría hombres. Se me ocurrió que si yo marcaba sus tarjetas antes de la hora de entrada ya no tendrían el peligro de perder el trabajo. Así pasó un mes completo.

Mi jefa revisó mis reportes un día y le extrañó que no hubiera retardos. No creyó que todos estuvieran llegando a tiempo y pensó que yo no sabía elaborar correctamente los machotes. Me pidió displicente el paquete de tarjetas y comprobó que no había ningún retardo. Pasó otro mes y me pidió de nuevo las tarjetas. Se llevó a su casa un altero para revisarlas. Al día siguiente me mostró un promedio de retardos de cada empleado del banco y me explicó, de muy mal humor, que la gerencia administrativa tenía realizado un cálculo de empleados que debían salir cada mes, pues ingresaba un número igual a la "institución". Debí trabajar toda la noche para hacerlo, sus ojos así me lo parecieron. Me amenazó a gritos creyendo que yo sabía retrasar el reloj. Mandó colocar una cinta de aluminio con sello de metal, de esos que ponían en los marcadores de luz y se creyó triunfadora. Así pasó un mes más. Me divertía pensar que el banco estaba saturándose de empleados, que podía estallar como globo.

Mi jefa recibió un citatorio de la gerencia. Cuando bajó me apuntó con el índice y dijo despacio: "Te voy a descubrir". Aunque ella no checaba tarjeta, llegaba a las ocho y veinte pero comenzó a entrar más

temprano, poquito antes de las ocho. Entonces tuve que checar las tarjetas de mis protegidos antes, a las siete cuarenta, para que me diera tiempo de marcar más de veinte. Después de unos días decidió llegar a las siete treinta y yo más temprano. Cuando las tarjetas tenían como hora de entrada las seis cuarenta y cinco tuve que renunciar porque dos de los que llegaban tarde me lo pidieron. Y porque me lo pidieron no pude rehusarme. Nunca he podido decir no a un hombre.

Corte a:

Voz en off:

Querido Miguel:

Nunca supe cuándo decidiste abandonarme. Es cierto que no mediaban palabras entre nosotros, pero ¿fue porque no encontraste en qué trabajar? ¿porque me embaracé de nuevo? ¿porque perdí mi empleo? No me culpes. Ninguno de los dos supo qué hacer con nuestras vidas. Sólo recuerdo que con el pretexto de Bajo el Volcán fuiste a buscar hacia el sur El Farolito. Mi dolor fue tan grande que me entregué por completo al cine. Pero no me bastaba ver una o dos películas diarias. Vivía los días huecos. Se me ocurrió cambiar el piano que la familia había conservado por generaciones –aunque nadie lo tocara– por una videocasetera, y compré muchas cintas, cientos. Un domingo por la tarde me preparé para ver El día en que paralizaron la tierra, en la sala de mi casa. Mirando la escena en que Michael Rennie le pide a Patricia Neal accionar al robot, tuve un pensamiento fugaz y repetí con un fervoroso deseo: "¡Klatú baranda vaktu!"

Al principio me di cuenta que los colores se habían ido de mi entorno. Se lo adjudiqué a las muchas horas de ver la luminosidad de la pantalla del televisor, pero, fracciones de segundo después, la miré con detenimiento y... encontré, en vez de las imágenes de la película, la sala de mi casa. Entendí que me había metido en la película.

No sé cuánto tiempo he pasado así. Este lugar es desesperante, todo está en su sitio, las cosas son inamovibles. Nada cambia aquí en este mundo quieto, no sopla el viento, no sale el sol. Paso semanas

enteras tratando de regresar por caminos mil veces recorridos. Estoy perdida.

Acudo a ti por los días en que bailábamos bajo la lluvia con Gene Kelly, por las veces que nos amamos como Gérard Depardieu y Fanny Ardant o nos peleamos igual que Catherine Deneuve y Jean-Paul Belmondo, por todos los diálogos de películas que hicimos nuestros y nos dijimos: "Si acaso un día ves esta vieja película sabrás qué hacer".

Poco a poco la imagen se va en una *fade out* a negro. Aparece, en corte, un letrero que dice:

Fin.